

JOSÉ MANUEL OTERO LASTRES



Nació en Cée (La Coruña) en 1947. Es catedrático de Derecho Mercantil en la Universidad de Alcalá de Henares. Es abogado en ejercicio. Es también miembro de la Junta Directiva del Real Madrid. Como escritor ha publicado los libros de cuentos *Carta a Miguel y otros cuentos* y *Las nubes pueden ser gemelas*. Es autor de las novelas *La niña de gris* y *El campo de bucéfalo* y el pasado octubre de 2015 ha publicado la novela *Sombras de Ningurán*, editada por Espasa. Ha sido galardonado con el Premio Julio Camba en su XXXIII edición.



EL CISNE Y EL CORMORÁN

El cisne surcaba majestuosamente el agua tranquila de aquella laguna que, por su proximidad a la playa, intercambiaba su agua dulce con la salada del mar durante la subida de la marea. Su limitada extensión no impedía que navegaran sobre la laguna varios patos azulones y algún que otro cisne.

Pero aquel cisne tenía un porte especial. Su cuello era más largo de lo normal y estaba curvado en forma de una estilizada «ese» mayúscula. Llevaba el pico levantado con tal aire de suficiencia que cualquier ave acuática que no residiera allí y se posara ocasionalmente sabía de inmediato quién era el jefe de la bandada que anidaba en aquellos parajes de la costa ártabra de Galicia.

En los últimos tiempos, habían comenzado a sobrevolar por aquellas aguas remansadas una pareja de cormoranes, que moraban en unos islotes rocosos cercanos a la costa. A diferencia de los cisnes y azulones que estaban bien alimentados y cuyos plumajes eran brillantes y lustrosos, los cormoranes estaban muy delgados, el color negro de sus plumas se

había vuelto opaco y sus cálamos estaban rayados de tantas penalidades.

Y es que para pescar algún pez que llevarse al pico tenían que sobrevolar toda la ría y realizar fuertes descensos en picado para profundizar lo más posible, porque las voraces gaviotas les disputaban cualquier alimento que flotara por el mar o estuviera muy cerca de la superficie.

La abundancia de peces que había en la laguna hizo que cada vez fueran menos frecuentes los vuelos de regreso hacia el mar de estas palmípedas negruzcas. En la laguna, podían comer todos los días sin disputarse los alimentos con nadie, por lo cual, no tardaron en quedarse a vivir allí definitivamente.

Al principio, los cisnes y azulones los acogieron con bastante indiferencia. Y eso, unido a los pocos que eran, contribuyó decisivamente a que los cormoranes respetaran escrupulosamente las costumbres de los ánades que residían allí. No se atrevían a recostarse entre las ramas que a modo de nido tenían preparadas los moradores habituales de la laguna. Y jamás era los primeros en pescar: solo cuando ya se habían saciado los cisnes y azulones, se zambullían a comer los pececillos y caracoles que había en el fondo de aquella charca.

Pero como si «los graznidos corrieran por el mar» hubo un efecto llamada y llegaron nuevos cormoranes famélicos. Además, los que ya estaban instalados se fueron reproduciendo hasta llegar a poblar una parte relevante de las orillas de la laguna. Lo cual provocó que comenzaran a tener dificultades los primitivos habitantes de la laguna tanto a la hora de encontrar lugares para anidar y pernoctar, como hasta saciarse con la comida.

Los cormoranes no tardaron en hacer bien visible quién era su jefe. Un altivo cormorán con un pico fuerte y afilado, que empezó a surcar la laguna con vuelos que trataban de imitar la majestuosidad del cisne. Ambos acabaron por

posarse en sendas ramas que sobresalían en el centro de una laguna. Desde entonces, al igual que el cormorán jefe, los últimos en llegar no tardaron en dar muestras de querer discutir, con las aves originariamente asentadas, quién mandaba en la laguna.

Los cisnes y patos se apiñaban en torno al cisne líder demandándole algún tipo de actuación. Pero el cisne blanco no hacía nada. Esta actitud pasiva y tolerante del cisne líder no fue bien interpretada por los cormoranes, los cuales se fueron envalentonando poco a poco a la vista de lo que parecía ser una retirada voluntaria de los primitivos pobladores de la laguna.

La actitud expansiva de los cormoranes y el retraimiento de los cisnes y patos desembocó en un intento de desplazar a éstos de sus lugares originarios. Ante lo cual, el cisne blanco lanzó al líder de los cormoranes una seria advertencia de que iban a expulsarlos de la laguna.

Pero la convivencia se había agriado hasta tal extremo que el conflicto parecía inevitable. Las dos especies de palmípedas no lograron ponerse de acuerdo, así que o una de ellas cedía o había enfrentamiento. Hubo intentos por parte del cisne de pactar un reparto de la laguna: cada tipo de palmípedas se quedaría con una orilla y se establecerían turnos para pescar en las zonas comunes. Pero pasado cierto tiempo, y ante la inevitable expansión de los cormoranes, lo que habían pactado les resultaba a éstos claramente insuficiente.

Así que hubo un último intento para evitar el enfrentamiento. Pero no dio resultado. Y llegó el día de la gran batalla. Los cisnes y los azulones se alinearon en formación de ataque a la entrada de la laguna y los cormoranes al fondo. Los primeros resultaban más vistosos, los segundos parecían mejor preparados para el conflicto.

Lo que parecía inevitable sucedió y tuvo lugar una lucha encarnizada entre los dos bandos. Cuentan los paisanos que

presenciaron la batalla que los movimientos de los cisnes y azulones parecían más torpes y que los cormoranes estaban mejor preparados para volar y caer en picado contra sus adversarios. Al finalizar la tarde, los cormoranes, más dotados para la pelea, acabaron por expulsar a los cisnes y azulones de la laguna.

Cuentan los sabios del bastón, esa legión cada vez más numerosa de jubilados ártabros que dedican bastantes horas a la observación, que desde la gran batalla veían al atardecer volar bandadas de cisnes y azulones perfectamente alineadas pero sin rumbo fijo, y pasando muy alejadas de la laguna como si no se atrevieran a volverse a posarse en ella.

La gente lo sintió porque desde entonces dejó de ver escenas de gran contenido estético y vio poblada la laguna de unas aves negras, con grande picos, que nadaban sin majestuosidad.